

Sección bibliográfica

Reseñas

GUSTAVO GARZA (comp.), Atlas de la ciudad de México, Departamento del Distrito Federal y El Colegio de México, 1987.

El acelerado desarrollo económico y la urbanización ocurridos durante el siglo **XX**, convierten a México en una nación nítidamente urbano-industrial. En 1985 el 70% de la población era urbana (vivía en localidades de más de 2 500 habitantes), en comparación al 72% promedio para todos los países desarrollados y 73% en el caso de los Estados Unidos de América. Hacia la segunda década del siglo **XXI** se estima que México tendrá un nivel de urbanización de 85%, mientras que en Estados Unidos será de 77%. Verdaderamente, el carácter de la transición de nuestro país hacia el siglo **XXI** estará determinado por su desarrollo urbano. La principal protagonista de este proceso ha sido la ciudad de 344 mil habitantes en 1900 en una metrópoli de 19 millones de habitantes que en 1988 superará en población a la conurbación Tokio-Yokohama, convirtiéndose en la urbe más poblada del planeta.

La cristalización de esta metrópoli constituye la más colosal obra material que México ha producido en toda su historia: se trata de un tejido urbano heterogéneo de 1 300 km² de extensión que produce casi 50% del producto interno bruto nacional y concentra 37% de la población urbana total del país.

En forma paralela a su importancia, esta superconcentración conlleva una compleja problemática. A nivel nacional, constituye un obstáculo al desarrollo económico por absorber, directa o indirectamente, al grueso de la inversión pública federal, lo que impide la absorción productiva de fuerza de trabajo y la explotación de recursos naturales en amplias regiones del país. No obstante lo crucial de resolver esta situación en cualquier intento de reiniciar el desarrollo económico nacional, es más común referirse a los problemas metropolitanos que presenta: contaminación de su ecosistema, problemática habitacional, ciudades perdidas y marginalidad urbana, inseguridad pública y, en general, insuficiente dotación de infraestructura y servicios urbanos.

Ante la magnitud del problema, las políticas urbano-regionales del Estado mexicano para enfrentar esta problemática dual se han intensificado significativamente en los últimos diez años, pero requerirán apoyarse cada vez más en investigaciones rigurosas sobre las características principales de esta megaurbe para estar en posibilidad de superar las inconsistencias y limitaciones que presentan.

En este contexto, el gobierno del Distrito Federal consideró impor-

tante promover la realización de una obra científica que analizara las múltiples dimensiones de la zona metropolitana de la ciudad de México. Para esto, distinguió a El Colegio de México a través del que esto escribe, para que efectuara la coordinación del proyecto de investigación. El Colegio ha privilegiado la realización de estudios que aborden problemáticas susceptibles de avanzar en los desarrollos teóricos de la disciplina en que se inserte, pero que llenen una necesidad de conocimiento que sea relevante para sustentar el establecimiento de políticas necesarias para el progreso nacional.

Tomando en cuenta los ambiciosos objetivos de la investigación y los limitados recursos financieros para su realización, la única forma de alcanzarlos fue concertando los esfuerzos de un conjunto de especialistas del sector público y del sector académico. Por este último participaron investigadores del Centro de Estudios Demográficos y de Desarrollo Urbano de El Colegio de México, de la Universidad Nacional Autónoma de México y del Instituto Nacional de Antropología e Historia.

El resultado de este esfuerzo cristaliza con la publicación del Atlas de la ciudad de México, constituido por 10 capítulos con 99 monografías que cubren en forma cartográfica, estadística y analítica, todos los aspectos significativos de carácter geográfico, histórico, económico, demográfico, político, urbanístico, de planeación y, finalmente, de escenarios urbanos posibles para el año 2010. Sería muy extenso presentar una visión comprehensiva de toda la obra, por lo que a continuación expondré los temas generales que se desarrollan en su capitulo.

El capítulo 1 ("Características físico-geográficas y primeros pobladores de la cuenca de México"), está formado por siete monografías que describen las características geológicas, de suelos, de relieve, climas y vegetación que favorecieron su poblamiento desde épocas prehistóricas y que han determinado, en la actualidad, ciertas peculiaridades del crecimiento urbano de la ciudad de México. El capítulo 2 ("Orígenes y evolución de la ciudad de México, siglos XVI, XVII, XVIII y XIX"), da cuenta en once trabajos de su desarrollo durante estos siglos, partiendo de su fundación como México-Tenochtitlán hacia 1324 y, posteriormente (en 1521), cuando se funda como ciudad española con alrededor de 30 mil habitantes. Durante el siglo XVII la ciudad crece lentamente, estimándose su población en 50 mil habitantes en 1689. A mediados del siglo XVIII la ciudad de México mantiene prácticamente la extensión del siglo anterior, aunque transforma su imagen urbana con la construcción de templos, colegios y oficinas, algunos de los cuales persisten en nuestros días como fieles testigos de la imagen de la ciudad de México durante su existencia colonial.

Del capítulo 3 en adelante se presenta el análisis de las estructuras básicas que definen a la ciudad de México durante el siglo XX. El capítulo 3 ("Crecimiento económico de la ciudad de México durante los siglos XIX y XX"), sostiene en una de sus siete monografías que aunque la capi-

tal siempre fue la principal ciudad en la colonia y en el México independiente, no fue sino hasta el régimen porfirista y más específicamente después de 1940, al consolidarse en el poder los grupos políticos surgidos de la Revolución mexicana, cuando se inicia el rápido proceso de concentración económica que la convierten en la actualidad en un gran conglomerado megalopolitano. Dado que la población se traslada hacia donde se acumula el capital, como corolario de su crecimiento económico se produce su explosiva dinámica demográfica en una clásica relación circular y acumulativa.

El capítulo 4 ("Ciudad de México: ubicación en el sistema nacional de ciudades, expansión física y dinámica sociodemográfica"), desarrolla en 7 monografías su surgimiento como ciudad preeminente o macrocefálica, su expansión física y sus principales características demográficas en lo que va del siglo xx. Su crecimiento acelerado de 1940 a la fecha, en que concentra alrededor de 19 millones de personas, la convertirán a finales de 1988 en la megaurbe con mayor número de habitantes del planeta.

En 1985 ocurre una trágica interrupción en la vida cotidiana de la ciudad de México, al suceder dos fuertes sismos los días 19 y 20 de septiembre. En el capítulo 5 se presenta un análisis de las causas geológicas y consecuencias sociales de estos movimientos telúricos, que ocasionaron la pérdida de cientos de vidas humanas y produjeron miles de heridos, así como cuantiosos daños materiales.

En el capítulo 6 se incluyen 14 monografías que presentan en forma sintetizada las principales estadísticas y naturaleza de las obras de infraestructura y servicios públicos básicos del área urbana de la ciudad de México: sistema eléctrico, sistema hidráulico, infraestructura de hidrocarburos, vialidad, transporte, sistema de comunicaciones, vivienda, servicios educativos, sistema de salud, seguridad pública, actividades recreativas, contaminación y áreas verdes. El conjunto de estas obras conforma un tejido urbano heterogéneo de alrededor de 1 300 km² en el que se entremezclan obras monumentales (como el metro, el drenaje profundo y el sistema de vialidad) con humildes viviendas y áreas carentes de las facilidades urbanas básicas que, no obstante, constituyen la obra más extensa, compleja e importante construida por el pueblo mexicano a través de los siglos.

El capítulo 7 comprende en 35 trabajos una sistematización estadística y cartográfica de las variables fundamentales que caracterizan la organización espacial del área urbana de la ciudad de México. En lo que va del siglo, su desarrollo se puede dividir en cuatro etapas: i) de 1900 a 1930, cuando el centro de la ciudad fue más dinámico que su periferia; ii) entre 1930-1950 se caracteriza por un crecimiento mayor en las delegaciones que rodean al centro que estaba localizado en los antiguos doce cuarteles; iii) de 1950 a 1980 se da su proceso de metropolización propiamente dicho, cuando se inicia y consolida la expansión hacia los municipios contiguos del Estado de México; iv) en los años ochenta surge la etapa actual cuan-

do su zona metropolitana se une o traslapa con la adyacente de Toluca, originando una expansión megalopolitana. Partiendo del análisis general del uso del suelo de la zona metropolitana y del centro histórico de la urbe, se incluye en el capítulo una monografía para cada una de las 16 delegaciones en que se divide políticamente el Distrito Federal y para los 17 municipios del Estado de México que forman parte de su área urbana. Para estas unidades políticas se presenta en forma comparable su dinámica demográfica, características geográficas, antecedentes históricos, así como las variables básicas de su estructura urbana.

Los capítulos 8, 9 y 10 (titulados “Gobierno y organización política”, “Planeación del desarrollo urbano de la ciudad de México” y “La ciudad de México en el futuro”), presentan la dimensión política y normativa de la metrópoli. La evolución de la estructura política de la ciudad de México—sujeta a leyes del Distrito Federal y del Estado de México— sugieren que en el futuro será insoslayable uniformar los derechos de los ciudadanos residentes en el Distrito Federal a los del resto de la República y, lo que es igualmente prioritario, diseñar una estructura político-organizativa que tenga funciones al nivel de todo el espacio metropolitano.

Con alrededor de 19 millones de habitantes, la ciudad de México se constituye no solamente en la más grande ciudad del mundo, sino que es mayor que 177 de los 208 países en que se divide el planeta. Su gran dimensión e importancia para el país hace imprescindible que cuente con un aparato planificador que diseñe los planes necesarios para regular su expansión. A pesar que desde 1933 se decretó la primera Ley de Planificación y Zonificación y que en la actualidad se encuentra vigente el Programa General de Desarrollo Urbano del Distrito Federal y el Plan del Sistema Urbano del Valle Cuautitlán-Texcoco para los 17 municipios conurbados del Estado de México, será necesario profundizar en los diagnósticos que fundamentan las acciones de dichos programas atendiendo especialmente las dimensiones económica, política y social de la metrópoli, para estar en mejores posibilidades de enfrentar exitosamente sus múltiples desafíos.

Finalmente, en el capítulo 10 se presentan dos escenarios posibles para la ciudad de México en el año 2010: i) metrópoli controlada y, ii) megalópolis emergente. De no ser posible diseñar en el futuro inmediato políticas efectivas para frenar su dinámica de crecimiento, todo parece indicar que se consolidará como un nuevo ámbito de concentración de tipo megalopolitano que absorbería una población de cerca de 32 millones de habitantes en el año 2010.

En el ocaso del siglo xx, la ciudad de México continúa siendo un enigma en muchas de sus dimensiones. Dada la trascendencia de su correcta planeación para el desarrollo futuro de México, es preciso continuar avanzando en el conocimiento de este complejo mosaico megalopolitano, que constituye la síntesis de un proceso histórico en el que han interactuado

el conjunto de estructuras que definen la nación. Será imprescindible modificar dichas estructuras en cualquier intento de regular la inercia hacia la superconcentración espacial de las actividades económicas y la población y confiamos en que el Atlas de la ciudad de México apoye las acciones que se realicen en esa dirección.

Gustavo Garza

DOREEN MASSEY, *Spatial division of labour. Social Structures and the Geography of Production*, Mac Millan, Londres, 1981, 339 pp.

El texto aquí reseñado merece un examen más detenido que el que puede ofrecer esta sucinta nota, porque la intención de la autora no se restringe a exponer una propuesta metodológica que guíe el análisis del “cambio en la geografía de la industria y el empleo” en una sociedad particular. Doreen Massey también pretende redefinir el contenido de la geografía con el convencimiento pleno de que no es posible entender la realidad socioeconómica ni actuar sobre ella sin la incorporación de la dimensión espacial. De ahí que se entrecrucen diferentes niveles de discusión (epistemológico, teórico y empírico) en el afán de dilucidar el método más apropiado para aproximarse al fenómeno de la cambiante distribución espacial del trabajo.

La argumentación central, apoyada en profusas ilustraciones, se compone de elementos teórico-metodológicos que se encuentran entrecruzados en la primera parte del libro (los tres capítulos iniciales), mientras que en la segunda (los últimos capítulos) se recogen y enriquecen dichos elementos en el momento de analizar, desde distintos ángulos, las estructuras socioespaciales del Reino Unido. Por razones obvias, la primera parte resulta de mayor interés para quien está buscando los instrumentos conceptuales idóneos para estudiar el problema regional en México.

Atendiendo a un orden didáctico, conviene referirnos primero al llamado a cuentas que la autora hace a la geografía humana en distintos lugares del texto. Esta disciplina ha transitado por varias etapas: 1) cuando el acento se colocaba “sobre lo único”, es decir, sobre la región plenamente identificable como un área distinta del resto del territorio; 2) después de los años sesenta, la geografía, contagiada por el predominio de lo cuantitativo en las ciencias sociales, se convirtió en “la ciencia de lo espacial”, una ciencia autónoma con sus propias leyes; 3) sobrevino entonces en los años setenta como reacción crítica una orientación, que aún se filtra en la visión de los geógrafos actuales, que considera que las formas y procesos espaciales sólo pueden ser explicados a partir de los procesos sociales, quedando como función de la geografía el “mapear la producción de otras disciplinas”. Es claro, señala D. Massey, que aunque representa un

avance, este último enfoque "subestima la importancia de la geografía", resultado del modo cómo concibe al espacio geográfico, es decir, como un "medio inocuo, neutral e indiferenciado" en el que operan los procesos sociales y económicos.

La vía para conferirle a la geografía humana una finalidad digna de una disciplina científica sería, entonces, entender al espacio geográfico como elemento constitutivo del mundo social y económico. Específicamente "este enfoque se refiere al análisis de los procesos. Las leyes sustantivas y los análisis de los procesos sociales pueden ser diferentes cuando ellos integran el hecho de su carácter necesariamente espacial" (p. 53). Pero aquí es inevitable formularse una pregunta: una vez reconceptualizada la categoría espacio, ¿le incumbe al economista, por ejemplo, incorporar la dimensión espacial para mejorar el análisis económico o es el geógrafo quien se verá obligado a conocer el "mundo" de lo económico? Tal vez el punto de encuentro, ya formalizado por el desarrollo propio de las disciplinas troncales correspondientes, podría ser satisfecho tanto con la economía espacial como con la geografía económica, siempre y cuando se reconstituyan sus contenidos según la nueva forma de concebir el espacio geográfico. Evidentemente ésta es una discusión trivial, y es poco relevante la etiqueta impuesta a un método de análisis si éste demuestra ser más eficiente en el conocimiento del objeto de estudio previamente definido (la concentración espacial de la industria, por ejemplo). Relacionado con esto último, es igualmente discutible la afirmación de que "es inválido para aquellos que dentro de las disciplinas sustantivas ignoran el hecho de que las relaciones que ellos estudian toman lugar sobre el espacio y en un mundo geográficamente diferenciado". Sobre esto podría argüirse que para conocer lo fundamental de ciertos procesos económicos es posible abstraerse de su base geográfica e incluso tomar decisiones apoyándose en ese conocimiento; a otros procesos económicos, y quizás a los de mayor aliento por su propia naturaleza, es inevitable considerarlos en su operación espacial. Pero de ahí inferir la total anulación de las ciencias sociales (economía, sociología, etc.), por la ausencia del espacio geográfico en sus teorías, resulta por lo menos temerario. En todo caso conviene matizar esa aseveración haciendo referencia a que en el estudio de lo concreto deben evitarse los reduccionismos que imponen las teorías en cada ciencia social y poner en juego los conceptos de esas mismas teorías que sean útiles para el conocimiento del objeto previamente delimitado. Éste es, precisamente, el ejercicio analítico que emprende D. Massey en su libro, lo que contradice su afirmación tan categórica citada.

Desechado el concepto pasivo de espacio y los enfoques geográficos a que dio lugar, veamos ahora la sugerencia de D. Massey respecto al otro polo de la relación, esto es, la esfera de lo social, manteniendo como eje del análisis el cambio en la división espacial del trabajo. También en este caso la manera de explicar estos procesos sociales particulares en el terri-

torio ha ido transformándose progresivamente: desde las configuraciones espaciales de la industria y el empleo que obedecen a patrones espaciales sociales, pasando por los factores locacionales creados por la acción pública que condicionan la movilidad de la industria y el empleo, hasta los cambios en la localización que pueden considerarse como cambios en la producción en tanto “reflejo de los intentos por defenderse de una situación económica ampliamente cambiante”. Según la autora, esta última explicación es más próxima a los procesos reales; no obstante, era un lugar común en los primeros estudios identificar como causa única de la concentración espacial de la industria a los “requerimientos de la ley del valor”, prescindiendo del análisis de otras circunstancias no económicas. Así, la localización también depende, por ejemplo, de las decisiones personales de los directores o gerentes empresariales y, en términos más genéricos, del “amplio y continuo conflicto entre capital y trabajo”. En resumen, esta interpretación exigiría una caracterización rigurosa de la firma del sector industrial, etc., de tal manera “que pueda ser relacionada con las estructuras más amplias de la sociedad... con la reproducción de las relaciones sociales sobre el espacio”, en condiciones históricas particulares.

Establecidos los parámetros más generales de la relación entre el espacio geográfico y los procesos sociales, se pasa luego a precisar lo que comprenden estos últimos. Para empezar, ¿cómo representar a la industria? La industria no es un todo homogéneo, una sumatoria de firmas; incluso dentro de un mismo grupo industrial es posible encontrar diferencias tecnológicas, de tamaño y propiedad del capital, etc. El problema entonces es encontrar la clasificación más conveniente para identificar comportamientos regulares de la industria en el espacio.

Al pasar revista a las vías ya utilizadas para agrupar las firmas, se observan los defectos de la inspirada en el enfoque micro, cuyo método consiste en reconocer el comportamiento de compañías tipo; no obstante la riqueza de detalle que resulta de estos análisis, están impedidos para alcanzar niveles de agregación a partir de la evidencia empírica. Asimismo, después de examinar los diferentes criterios basados en la formulación de grandes divisiones de la industria diferentes a las proporcionadas por los censos, se opta por una combinación de ellos. Esto significa que la clasificación más apropiada de la industria debe permitir distinguir: a) el lugar que cada conjunto de firmas ocupa en la estructura industrial (medios de producción o bienes de consumo); b) el grado de avance técnico del proceso de trabajo (manufactura, maquinismo, automatismo...); c) la estructura organizacional del capital (tamaño del capital, firma individual o multiplanta, forma de propiedad y de control de la producción, objetivos financieros de la firma, etc.). El predominio de alguno de los criterios viene dado por una cuestión puramente empírica; pero lo más importante es que rompa con el carácter estático que proporcionan las clasificaciones derivadas lógicamente de modelos teóricos demasiado abstractos.

El siguiente escalón, el de conceptualizar las estructuras sociales y las relaciones capitalistas de producción, conlleva un esfuerzo teórico de mayor envergadura que los anteriores. Sin embargo, la presión por traducir las proporciones teóricas a elementos manipulables empíricamente conducen a la autora a someterse sin mayor preámbulo al esquema de la estructura social propuesta por Wright. Lo más sorprendente, si se toma literalmente, son las virtudes que D. Massey le atribuye al esquema; porque además de establecer las conexiones entre las relaciones sociales de producción capitalista y la estructura global de la sociedad, permite “vincular desde las funciones específicas de una sociedad capitalista en cualquier punto del tiempo, y los grupos sociales que realizan esas funciones, hasta los procesos de desarrollo capitalista en el largo plazo”. Lo menos que puede decirse del esquema es que supera cualquier teoría dirigida a estudiar las relaciones sociales capitalistas. En el fondo, para la autora, el esquema no es más que el pretexto utilizado para introducir las diferentes variantes que cada una de las clases sociales definidas por Wright puede presentar en el mundo real; esto implica además no sólo determinar la estructura funcional de las clases en las relaciones sociales de producción, sino cómo esa estructura es útil para entender el cambio locacional de la industria. Así, pues, depende del investigador mismo explotar ese esquema de manera suficiente en casos concretos, hasta permitirle caracterizar la estructura de clases y su relación con los patrones y estructuras espaciales.

Pero la definición de las clases sociales obtenidas, conforme al papel que se juega en las relaciones directas de producción, es parcial, puesto que “no hay una relación unívoca entre una función dentro de las relaciones de producción y el grupo social que lo conforma”. Los grupos sociales se distinguen no sólo por el contenido real del trabajo que desempeñan, sino también por otras circunstancias culturales sociales e históricas. Y aún faltaría considerar el hecho de que la homogeneidad en las características antes señaladas desemboque en una coherencia social mínima capaz de conferirle al grupo social una unidad política para que propiamente se pueda hablar de clase social, y más específicamente de clases sociales regionales. Finalmente, antes de ejecutar la misma operación para las “estructuras espaciales”, incluye tres reflexiones que reiteran su compromiso de distanciarse de los vicios reduccionistas y dogmáticos que campean en la investigación empírica, y que vale la pena que los principiantes tomen en cuenta. La primera se refiere a la revalorización de la esfera política en lo económico; basta con mencionar que “el desarrollo económico de la sociedad es en sí mismo sujeto de la determinación política”. En cuanto a la segunda, la autora insiste en que se debe desterrar del análisis empírico toda atadura a leyes inexorables a tendencias del desarrollo capitalista, y evitar aceptar aquellas aseveraciones que por su recurrente aparición en los textos se han convertido en verdades incontrovertibles.

La última, resultado de la madurez intelectual, se refiere a la eterna tensión entre la teoría estructurada que cree explicar cualquier hecho social y la recopilación no articulada de evidencias empíricas; la inclinación poco reflexiva hacia alguno de estos polos conducirá muy probablemente a políticas desvirtuadas, ineficientes y hasta dañinas.

Siendo tan compleja la conceptualización de la estructura social y de las relaciones sociales de producción, el cómo debe aprenderse su espacialidad y complementariamente entender las estructuras espaciales en términos de los procesos sociales, requiere de una elaboración metodológica original y suficientemente flexible como para dar cabida al sinnúmero de aspectos que se plantean en la "cuestión regional". El concepto propuesto por D. Massey que permite tanto la expresión espacial de las relaciones de producción como la expresión social de lo espacial, es el de estructura espacial de la producción. Apoyándose en estudios realizados en Inglaterra se logran identificar tres formas de organización geográfica que no hay que confundir con "arquetipos", sino que son una vía para conducir el análisis de manera ordenada.

Las tres estructuras espaciales reconocidas empíricamente con la información disponible son: la separación espacial de procesos practicados por compañías multiplantas (la electrónica); la implantación de procesos idénticos en diferentes lugares en donación (plantas refresqueras); la estructura concentrada (firma uniplanta). La exposición, por supuesto, no se restringe a la enumeración y descripción de cada estructura; incorpora, para enriquecimiento del análisis, otros dos conceptos que hacen inteligible las diferencias entre aquéllas: 1) las relaciones de propiedad económica y de posesión que configuran una jerarquía espacial particular y que no necesariamente coincide con 2) la organización espacial de la división técnica del trabajo. El análisis hasta aquí expuesto arrojaría una imagen espacial de ciertas industrias que pueden ser las más representativas, pero que difícilmente es generalizable a toda la organización de la producción en determinada sociedad capitalista. La autora acepta el hecho y advierte que una cosa es la organización planeada de la producción en una firma y otra las relaciones de mercado no planeados que regulan la actividad entre firmas. Por tanto, el análisis debe también tomar en cuenta el grado de competitividad, pues éste influirá seguramente en la estructura espacial de la producción. Además, y para ser consecuente con el objetivo original, el marco tiene que ser flexible de modo que no sólo se obtenga un momento en el tiempo, una imagen estática, sino también se pueda analizar históricamente el proceso que conduce a la configuración de dichas estructuras espaciales y prever cuáles de éstas serán dominantes en el futuro próximo. Finalmente se introduce un concepto que proporciona una noción menos estática que el de estructura: "relaciones interregionales". Éste se refiere a la asignación regional de funciones dentro de la organización de la producción y que espacialmente se observa por la presencia

de determinadas estructuras espaciales de producción en una localidad o región. Aquí es donde resulta pertinente hablar de dominación y subordinación regional, esto es, del "problema regional".

Es notorio el nivel y la variedad de conocimientos que hasta el último punto exige el análisis. Y si a esto se suma la enorme cantidad de sutiles recomendaciones que la autora va esparciendo a lo largo de su libro, la puesta en práctica de un marco de ideas como el sugerido se antoja una tarea descomunal. Piénsese, por ejemplo, en la tarea posterior a la determinación de las estructuras espaciales y de las relaciones interregionales, consistentes en precisar la estructura social global, para darse cuenta de las complejidades que cada localidad o región puede ofrecer antes de extraer una visión clara de la orientación sindical y políticas de sus habitantes. La imposibilidad de afrontar el todo y con el nivel de desagregación sugerido se muestra en los capítulos subsiguientes. En ellos se "aplica" sólo parcialmente el marco propuesto, aunque debe reconocerse la originalidad y el rigor de los análisis regionales y sectoriales concretos presentados.

Antes de poner término a esta reseña, merece destacarse la saludable intención de Doreen Massey por "romper la barrera de las ideas preconcebidas retardatarias y encasilladoras" presentes aún en este campo de investigación. Esta actitud también se encuentra en el tratamiento marginal de la división (racial) sexual del trabajo, tema siempre controversial en los países capitalistas europeos. En mi opinión es un texto que necesita estudiarse detenidamente y desde cada faceta que ofrece. Se recomienda ampliamente su lectura, principalmente a los especialistas; pero creo que también será de interés para aquellos cuya preocupación es, sobre todo, epistemológica.

Valentín Ibarra

L. BARREIROS, A. KOUWENAAR, R. TEEKENS y B. Vos, Ecuador: teoría y diseño de políticas para la satisfacción de las necesidades básicas, Institute of Social Studies y Ministerio de Cooperación para el Desarrollo, Países Bajos, 1987, 694 pp.

El extenso proyecto de investigación que se expone en un volumen de cerca de 700 páginas en su primera edición en español, está compuesto de 15 capítulos. Desde el primero al séptimo se desarrolla la primera parte, que contiene los marcos conceptuales y las metodologías que serán usadas para lograr lo que se enuncia como uno de los dos objetivos centrales del traba-

jo: "Compenetrarse con el nivel actual de satisfacción de las necesidades básicas en América Latina y en Ecuador".

El otro objetivo principal ("desarrollar metodologías que permitan comprender la dinámica de la pobreza para poder diseñar políticas destinadas a mejorar el nivel de vida de los pobres"), centra la atención del lector desde la primera parte hasta la segunda y la última, que se refiere particularmente al estudio del caso ecuatoriano.

En América Latina hay unos 130 millones de personas "clasificadas" como pobres, de las cuales algo más de 35 millones son niños que no rebasan los seis años de edad.*

En un marco de conceptualización global, puede asumirse que el trabajo trata de desarrollar el conocimiento sobre el tema de las necesidades básicas y para ello se hace obligada la referencia, entre otros, a temas centrales y problemas limítrofes respecto al principal como:

—la pobreza, su conceptualización y el carácter operativo de los conceptos que se desarrollan para su interpretación. Para los autores resulta de primer orden lograr lo que denominan una definición práctica de pobreza;

—la pertinencia conceptual-metodológica de la diferenciación entre pobreza absoluta y pobreza relativa. En el libro ambas se tienen en cuenta como niveles de la pobreza; el absoluto referido a la incapacidad de satisfacción de las necesidades a un nivel establecido a priori, mientras el relativo se refiere de manera inmediata a la inequidad y la desigualdad en la distribución de los bienes;

—el salario mínimo y el llamado "ingreso de las necesidades básicas", interpretado este último como "el ingreso mínimo per cápita de un hogar para satisfacer un conjunto de necesidades básicas" (p. 11);

—empleo y mercado de trabajo, vinculados a lo que se ha denominado articulación sectorial de la economía, y que como paradigma tiende a enfatizarse en el caso de la región bajo el término de desarticulación sectorial;

—aspectos relativos a lo que se conoce como segregación socio-espacial, y

—el papel del Estado en el diseño y puesta en marcha de las políticas económicas y sociales.

El trabajo oscila entre el interés por el "contenido cuantificable" de los conceptos de pobreza y de necesidades básicas, y las reflexiones que conducen a destacar ciertas conclusiones reveladas por estudios parciales, como las que subraya "un estudio sobre la incidencia del gasto público para los tres principales programas relativos a las necesidades básicas" (en Ecuador), y que dan cuenta de una serie de aspectos no necesariamente cuantificables que están gravitando sobre cualquier intento, ya sea para la satisfacción o la "planificación de las necesidades básicas":

* "América Latina según un informe del PNUD" (12 de julio de 1987); "35.5 millones de menores de seis años viven en condiciones de pobreza en América Latina" (5 de junio de 1987).

(i) el gasto público en las áreas de infraestructura rural, educación y salud sólo tuvo leves efectos de redistribución;

(ii) las clases altas y medias urbanas fueron los grupos más privilegiados, y

(iii) los patrones del gasto público exhiben una tendencia favorable al sector urbano, a través del acceso rural limitado a los servicios básicos y del ingreso urbano y la infraestructura general.

Asimismo, el proyecto de investigación es declarado como compatible con ciertos aspectos normativos como por ejemplo:

(a) no puede esperarse ningún mejoramiento significativo ni duradero en la situación de los pobres, a menos que se reestructuren de manera fundamental las desigualdades en la distribución de la tierra, la propiedad de los bienes de capital y las habilidades prácticas;

(b) tanto la reforma agraria como la reestructuración del uso de la tierra son medidas esenciales para mejorar la situación del ingreso de la población rural pobre, asegurando una oferta de alimentos adecuada.

Lo que los autores consideran “la culminación” de sus esfuerzos “destinados a establecer un marco completo para la formulación de las políticas para la satisfacción de las necesidades básicas” (p. 19) es el diseño de un modelo, elaborado a partir del desarrollo de un instrumental analítico preliminar.

El “Modelo multisectorial para la satisfacción de las necesidades básicas” emerge del volumen como su auténtico leitmotiv. Los autores lo presentan como un “modelo que intenta simular los efectos de las políticas de necesidades básicas” (p. 5), y advierten sobre el hecho de que “no debe ser juzgado por su capacidad para predecir o para volver a informaciones pasadas” (p. 5), sino que “pretende indicar direcciones y órdenes de magnitud de los efectos de los conjuntos de políticas” (p. 5).

Sin pretender agotar las interrogantes que la lectura de un proyecto de esta envergadura suscita, sería oportuno señalar algunos aspectos de interés que pudieran ser retomados en una discusión más minuciosa sobre el contenido del trabajo en cuestión.

Por ejemplo, en el capítulo referido al “desarrollo rural” y la industrialización, si el objetivo del análisis de la distribución de los créditos bancarios en cuanto su condición de reflejo de la expansión de los recursos públicos, se dirige a la observación de los tipos de productos más beneficiados, esta observación pudiera vincularse, a su vez, con otro elemento presente explícitamente a lo largo del trabajo, a saber, las políticas sociales de redistribución de recursos (en el caso del campo, el principal recurso de la población es la tierra).

En este caso, sería igualmente interesante relacionar la dinámica de la expansión del crédito atendiendo al tamaño de las hectáreas de los beneficiarios. En tal sentido, se estaría en condiciones de observar los secto-

res de propietarios que más se han beneficiado con los créditos estatales según el estímulo a cierto tipo de cultivos, y esto contribuiría al desarrollo del análisis integral que caracteriza al trabajo.

También la constatación del destino de los créditos atendiendo a la diferenciación entre productos destinados a la exportación y aquellos de consumo prioritariamente nacional hubiera permitido introducir elementos más enriquecedores en el análisis, sobre todo si se trata de constatar, a su vez, el destino (en materia de consumo popular) de la expansión de los recursos públicos, utilizando al crédito como indicador.

En el capítulo referido al perfil de desarrollo y el comportamiento de las necesidades básicas en Ecuador, en el apartado referido a la salud, aunque se reconoce que "la población no es uniformemente vulnerable a las enfermedades" y se mencionan las condiciones socioeconómicas como un elemento diferenciador, para ejemplificar se recurre a los diferenciales por edad, en relación a ciertas "normas para las visitas anuales al médico", quedando el análisis en el plano normativo.

Llama la atención, asimismo, que un proyecto de esta profundidad y alcance, no contara con información referida al "acceso a los servicios de salud pública, a los laboratorios ni a la medicina, ni sobre la calidad de todos ellos" (p. 307), y que en el transcurso de una investigación que llegó a niveles provinciales de desagregación territorial, no se realizaran estimaciones sobre esta situación, que condujera al menos a nociones temporales transversales, sobre este importante aspecto del equipamiento territorial, en un proyecto vinculado a estrategias de satisfacción de las necesidades básicas.

También sería de interés profundizar en las técnicas de captación de información de los hogares teniendo como eje al jefe de núcleo, y de la representatividad de las características de éste para representar la dinámica de la reproducción de la población (en sus sentidos demográfico y social), atendiendo a las consecuencias que en ella pueden tener ciertas políticas de satisfacción de las necesidades básicas.

La diferenciación de los integrantes de los hogares seleccionados, atendiendo a características como edad, sexo y condición laboral, entre otras, demandaría de esfuerzos de investigación más detallados sobre las unidades domésticas. Obviamente el trabajo no pretende agotar esta dimensión y aunque es válido reconocer las limitaciones del estudio a partir de las características del jefe de núcleo, también lo es que las conclusiones extraídas de este nivel de análisis estimulan nuevas líneas de investigación vinculadas al proyecto, que tomen como objeto de estudio la unidad doméstica.

Por tratarse de un estudio interdisciplinario, cada especialista que se acerque a este trabajo tendrá juicios específicos que emitir. Pero un criterio podría resultar común: se trata de un trabajo que debe tomar en cuenta al estudioso de cualquier aspecto de la realidad social ecuatoriana. Pues

se trata, por definición, más de un proyecto vinculado a la praxis, relacionado con la puesta en marcha de políticas sociales, en su sentido más amplio, que de una investigación destinada al gabinete.

Mientras el tiempo que media entre la realización del proyecto y su viabilidad práctica permita valorar su efectividad, se presenta a los interesados en el tema un trabajo que puede motivar el desarrollo de marcos conceptuales sobre el mismo y a la vez, un material rico en planteamientos metodológicos de carácter operacional, vertidos en particular en un modelo que según sus autores “describe razonablemente bien la realidad ecuatoriana” (p. 672).

Margarita Rodríguez Cervantes

HERNANDO DE SOTO, *El otro sendero*, Ed. Diana. México, 1987.

El libro *El otro sendero* de Hernando de Soto, se ha convertido en un best seller en los países latinoamericanos donde ha sido publicado. El presidente norteamericano Ronald Reagan lo consideró tan “importante”, que en la asamblea general de las Naciones Unidas (1987) hizo su elogio y recomendó su lectura a todos los gobernantes del mundo. El prólogo, del conocido escritor Mario Vargas Llosa, es un resumen del mensaje ideológico y político del autor, el cual comparte. El libro se basa en los resultados de la investigación desarrollada por el Instituto Libertad y Democracia, financiada por agencias norteamericanas y asesorada por profesores universitarios de ese país. Su objeto de estudio fueron las tres manifestaciones más importantes, a juicio del autor, de la “informalidad urbana” en Lima, Perú: la vivienda, el comercio y el transporte; luego se generalizan las conclusiones a todos los países latinoamericanos y del Tercer Mundo, para los que se propone una “nueva política de desarrollo”. El éxito alcanzado por el libro entre los empresarios, políticos, tecnócratas e intelectuales justifica llevar a cabo una crítica lo más profunda posible.

1. La mistificación del sector “informal”

Según Vargas Llosa, “A diferencia de otros ensayos económicos y sociales sobre América Latina, cuya abstracción y charlatanismo los aleja de toda realidad específica, *El otro sendero* se mueve siempre en lo concreto y, a partir de un fenómeno hasta ahora mal estudiado y peor comprendido —la economía informal—, propone un camino de solución para los pro-

blemas de los países subdesarrollados, que está en total entredicho con el que han tomado la mayoría de los gobiernos y las élites políticas, progresistas o conservadoras de esos países, pero que —según la tesis central del libro— es el que han elegido, por intuición y por necesidad, los sectores desfavorecidos” (p. XVII y siguientes). Este ambicioso, casi mesiánico objetivo se sustenta con tesis simples: la economía “informal” es una respuesta popular y espontánea a la incapacidad estatal para satisfacer las aspiraciones elementales de los pobres; el sistema legal (la “mala ley”) favorece a los favorecidos y castiga a los que no lo son; la “economía informal” es una salida al subdesarrollo que han comenzado a seguir muchas de sus víctimas “...es un proceso que está revolucionando desde su raíz la economía...”; es una falacia que el atraso latinoamericano se deba a la adopción del liberalismo económico después de la Independencia, a la apertura a las fuerzas ciegas del mercado o a la voracidad imperialista, pues Perú y los demás países del área no son “economías de mercado”, sino “mercantilistas” como las europeas en la Baja Edad Media; el Estado debe abandonar su política “redistributiva” de una inexistente riqueza, para garantizar, mediante “buenas leyes”, el acceso de todos a la propiedad privada y a la libre empresa; “...la opción de los informales no es el refuerzo y magnificación del Estado, sino su radical recorte y disminución. No es el colectivismo planificado y regimentado, sino devolver al individuo la iniciativa y a la empresa privada, la responsabilidad de dirigir la batalla contra el atraso y la pobreza...”, en una “auténtica” economía de mercado; el Estado debe recordar que “...antes de redistribuir la riqueza, hay que producirla”.

Vargas Llosa, llegado a las filas de la derecha y con aspiraciones de líder de masas, enfatiza aún más que De Soto los rasgos fundamentales del planteamiento. Para ambos, la “informalidad” no es una expresión del atraso, sino su solución, se trata de destruir el “mercantilismo” ancestral y construir una “verdadera” economía de mercado apoyándose en ella. Es el “Estado redistributivo” y no el capitalismo o el imperialismo, el responsable del subdesarrollo. En nuestros países se está construyendo, gracias a la actividad “informal”, una sociedad ideal de pequeños propietarios privados que compiten libremente en forma igualitaria y democrática. El autor del libro y el del prólogo se visten con un ropaje populista al mistificar las actividades de subsistencia de las depauperadas masas latinoamericanas, pero hacen abstracción y ocultan la realidad concreta de las economías capitalistas y de su actual crisis, mostrando una ignorancia absoluta de la historia, y negando toda lógica científica, aún la que suponen tener el empirismo y el neopositivismo. Vuelven al pasado para pedir prestadas las ideas de la pequeña burguesía liberal de inicios del capitalismo y las revoluciones burguesas, y tratan luego de fundirlas con el neoliberalismo, que en la crisis actual se ha lanzado contra el Estado interventor. Esto explica el caluroso apoyo dado por Reagan al libro de De Soto. Aun-

que no hay nada nuevo en los planteamientos del libro, conocidos en otras plumas y desmantelados en su tiempo por la crítica, discutiremos lo más sobresaliente del mito de la “informalidad”, homólogo del de la “marginalidad”, pues estas ideologías renacen todos los días.

2. Un punto de partida equivocado (capítulo I)

El otro sendero tiene un punto de partida equivocado: considera que los integrantes del llamado “sector informal” provienen de las migraciones campesinas, lo cual es sólo parcialmente válido. A inicios del proceso acelerado de urbanización, la mayor parte del crecimiento poblacional urbano era aportado por los inmigrantes rurales, pero a medida que se fueron consolidando, sus hijos ciudadanos modificaron la relación, reduciéndose el peso relativo de los recién llegados; actualmente, una gran parte de los “informales” son nacidos en la ciudad. En cuanto al origen del desempleo (punto de vista más adecuado para explicar el constante crecimiento de la “informalidad”), desde hace más de una década la crisis de las economías latinoamericanas ha añadido a su incapacidad estructural de absorber a toda la fuerza de trabajo, la generación de un creciente desempleo abierto, resultante del despido de trabajadores por la recesión en la industria, el comercio y el sector agropecuario, determinada por la contracción del mercado interno (debido a la austeridad en el gasto público y la caída de la capacidad adquisitiva de los salarios) y del mercado internacional para los productos de exportación.

Como no hay indicios de que la crisis de las economías latinoamericanas esté llegando a su fin y las de los desarrollados se acercan a una nueva recesión, que se transmitiría a las primeras, tenemos que suponer que el empobrecimiento y el crecimiento del desempleo se mantendrán. Una hipotética salida de la recesión tampoco significaría la desaparición del desempleo, pues las políticas anticrisis aplicadas bajo la presión del Fondo Monetario Internacional y la banca multinacional, la austeridad del gasto público (apoyada por De Soto como una forma de contracción del Estado) y la reconversión o modernización de la economía, buscan el aumento de la productividad y la reducción de la fuerza de trabajo necesaria, remplazada por máquinas automatizadas, robots y computadoras. La incapacidad del autor para salir del mundo cerrado de la “informalidad” construido por él, le impide ver los procesos económicos globales y el papel jugado en ellos por los países imperialistas, cuya existencia niega. No puede aceptar la existencia objetiva de la crisis, contradictoria con el supuesto equilibrio de las relaciones sociales, apologéticamente publicitado por el neoliberalismo y la economía monetarista, ni la sobreexplotación de los trabajadores por las grandes transnacionales, ni la usura de

los banqueros internacionales que están ahorcando a los pueblos latinoamericanos con el servicio de la deuda externa, factores esenciales en la aplicación del crecimiento de la llamada "informalidad".

Para el autor, las determinaciones de las migraciones campesinas son: "...la construcción de carreteras..." en las áreas rurales, "...el posterior desarrollo de otros medios de comunicación...", "...la crisis que afectó al agro (peruano) entre 1940 y 1945...", "...el problema de los derechos de propiedad en el campo...", "...la menor mortalidad infantil en Lima...", "...las posibilidades de una mejor remuneración..." en la capital y "...el propio crecimiento de la administración pública y la posibilidad de acceder a niveles educativos más altos...". La gran masa de investigación desarrollada sobre el tema en Perú y otros países del área, ignorada o rechazada por razones ideológicas, nos autorizan a caracterizar este planteamiento como simplista y reductor.¹ En el texto desaparecen los procesos de expropiación, violenta o pacífica, de las tierras de los pequeños campesinos parcelarios y las comunidades indígenas realizada por los grandes terratenientes y la burguesía agraria para crear las condiciones del desarrollo capitalista agrario necesario para la agroexportación y la acumulación capitalista industrial, la cual fue una de las causas de la Revolución mexicana, la boliviana, la guerra civil conocida como "la violencia" en Colombia, y enfrentamientos armados en muchos países, incluido Perú, ignorados en el análisis, pero satanizados en las conclusiones. Se olvida también la proletarianización y semiproletarianización del peonaje en las grandes empresas agropecuarias en condiciones salariales y laborales más duras que las imperantes en las ciudades; la incapacidad del campesinado parcelario para resistir la competencia desigual; la pérdida de sus mercados y la pauperización acelerada; la imposibilidad de aumentar la productividad mediante mejoras técnicas, mientras sus tierras se esterilizan por la sobreexplotación, el efecto del crecimiento demográfico sobre la miniaturización de las parcelas, ligada al inoperante derecho de propiedad privada tan alabado por el autor, etcétera. Cabe señalar que la existencia de derechos plenos de propiedad individual o comunitaria (en los minifundios, los ejidos mexicanos o las comunidades indígenas) no ha sido obstáculo para la expropiación por los terratenientes o el obligado abandono de las tierras; por el contrario, los ha facilitado.

¹ Ver, entre otros: Martha Scheingart, *Urbanización y dependencia en América Latina*, Ediciones SIAP, Buenos Aires, Argentina, 1973; Manuel Castells, *Imperialismo y urbanización en América Latina*, Editorial Gustavo Gili, Barcelona, España, 1973; Paul Singer, *Economía política de la urbanización*, Siglo XXI Editores, México, D. F., México, 1975; Aníbal Quijano, *Dependencia, urbanización y cambio social en Latinoamérica*, Mosca Azul Editores, Lima, Perú, 1977; Bryan Roberts, *Ciudades de Campesinos*, Siglo XXI Editores, México, D. F., México, 1980; Emilio Pradilla Cobos, "Desarrollo capitalista dependiente y proceso de urbanización en América Latina", en *Revista Interamericana de Planificación*, núm. 57, vol. XV, marzo de 1981, SIAP, México, D. F., México.

De Soto considera al campesinado como objeto inerme de determinaciones secundarias, a fin de poder esquivar las principales, que los llevarían a tomar el desarrollo capitalista agrario como factor explicativo de la expulsión de campesinos y su migración a las ciudades.

3. La vivienda "informal", ¿solución o problema? (capítulo II)

De Soto ubica correctamente a la llamada vivienda "informal" como uno de los fenómenos más característicos de la ciudad latinoamericana; ciertamente, la vivienda autoconstruida representa entre 50 y 90% del parque habitacional urbano. Sin embargo, distorsiona la interpretación de la realidad. Su objetivo es demostrar apriorísticamente que la vivienda producida "informalmente" es más importante cuantitativamente que la construida por el Estado y el sector "formal"; que acumula una mayor inversión, que desarrolla la participación individual y colectiva en el marco de una racionalidad superior, que da lugar a un derecho extralegal (el "expectatio de propiedad", que no es más que el conocido como posesión o apropiación real sin título jurídico de propiedad), que "... las mediaciones mencionadas (malas leyes, trámites burocráticos interminables o costosos, y la corrupción de los administradores públicos que entorpecen la obtención de la propiedad y la legalización de la construcción, para el sector popular) confirman que una causa fundamental de que la gente prefiera invadir y edificar sus viviendas al margen de la ley, es que el canal establecido para acceder a la propiedad del suelo para vivienda se encuentra severamente restringido" (p. 181). En síntesis, que una "buena ley" que facilite el acceso a la propiedad privada del suelo, a la producción "informal" de la vivienda y su libre desarrollo, es la solución a la grave penuria de este bien esencial para la subsistencia de la población urbana.

En estos planteamientos no hay realmente nada nuevo; fueron desarrollados ampliamente por John F. C. Turner y sus seguidores² convertidos en apologistas de la autoconstrucción, desde la década de los sesenta, con la ventaja de que incluían aspectos como el proceso mismo de construcción, la localización en relación a la ciudad, la movilidad de la población entre diferentes formas de vivienda, etcétera. Los gobiernos latinoamericanos, la Alianza para el Progreso y la Agencia Internacional para el Desarrollo de los Estados Unidos, pusieron en marcha programas de autoconstrucción de vivienda, infraestructura y servicios después de la reunión de Punta del Este en 1961, bajo diversos nombres ("ayuda mutua",

² Ver John F.C. Turner y Robert Fichter (coord.), *Libertad para construir, Siglo XXI Editores, México D. F., México, 1976*; "Agencia para el desarrollo internacional" Mesa redonda sobre el problema de la vivienda en las urbanizaciones marginales, AID, Panamá, 1970.

“esfuerzo propio”, “desarrollo comunitario” o “progresivo”, “pies de casa” o “lotes con servicios”). Desde 1975, el Banco Mundial, había asumido la autoconstrucción como la única alternativa para los sectores populares urbanos y durante los años de crisis económica y austeridad estatal se ha mantenido como tal. El que en la práctica, los programas gubernamentales hayan sido muy limitados y los pobladores hayan tenido que continuar autoconstruyendo por sus propios medios en terrenos ocupados ilegalmente o adquiridos a fraccionadores irregulares, hay que explicarlo a partir de sus determinaciones estructurales y coyunturales y no de las puramente legales; De Soto no lo hace, como tampoco lo hizo Turner, por lo que ninguno logra establecer la naturaleza del proceso y sus contradicciones. Muchos investigadores latinoamericanos han mostrado el carácter acientífico y encubridor de estos planteamientos y realizado investigaciones rigurosas acerca del problema de la vivienda en América Latina.³

La concentración de la propiedad del suelo urbano y urbanizable y las elevadas y parasitarias rentas del suelo que se apropian los terratenientes al introducir las en el mercado; la acumulación de ganancias de fraccionadores, productores e intermediarios comerciales de materiales de construcción, promotores y constructores de viviendas adecuadas y agentes financieros; la inflación galopante y las crecientes y elevadísimas tasas de interés bancario e hipotecario que caracterizan el largo periodo de crisis; el carácter promocional y financiero de la acción estatal, que deja la ejecución real de sus programas en manos del sector privado de la construcción y sus condiciones de fijación de precios; la gran magnitud del ejército de desempleados carentes de empleo estable y de ingresos suficientes, que no pueden ser “sujetos de crédito” de los organismos públicos o privados de vivienda; las agudas condiciones de explotación a que son sometidos los obreros o empleados y, en el periodo actual, la constante reducción de los salarios reales; las limitadas concesiones de la patronal y los estados en materia de prestaciones sociales (salario indirecto o diferido) tales como los Fondos de Vivienda para los Trabajadores, o su privatización o liquidación por los gobiernos actuales en el marco de las políticas de austeridad; he ahí las determinaciones reales de la persistencia y magnitud de la autoconstrucción de vivienda.

Lo que constituye una penosa forma de subsistencia impuesta a los

³ Ver Emilio Pradilla Cobos, *Capital, Estado y vivienda*, Editorial Fontamara, México, D.F., México, 1987; Martha Scheingart, “La ideología subyacente a las políticas de autoconstrucción en América Latina”, en *Habitación*, núm. 1, enero-marzo de 1981, FOVISSSTE, México, D.F., México; Rod Burgess, “Petty commodity housing or dweller control? A critique of John Turner’s views on housing policy”, en *World Development* núms. 9-10, vol. 6, 1978, Londres, Gran Bretaña; Rod Burgess, “The limits of State self-help housing programmes”, en *Development and Change* vol. 16, 1985, SAGE, Londres, Gran Bretaña; Rod Burgess, “Some common misconceptions about self-help housing policies in developed countries”, en *African Urban Quarterly* núm. 4, vol. 2, noviembre, 1987, Londres, Gran Bretaña.

sectores mayoritarios por las estructuras económicas y sociales imperantes no puede ser convertido en la "solución ideal" al problema de la vivienda. Si a través de la autoconstrucción los pobladores se organizan y luchan para conquistar el derecho al suelo y la vivienda, si adquieren conciencia política y de clase, no es porque sea la solución racional y adecuada, sino porque es la única que les queda en la situación actual.

4. El comercio "informal" o la redistribución de la pobreza (capítulo III)

Entre las múltiples actividades desarrolladas por los desempleados urbanos para obtener los ingresos para la subsistencia, el comercio callejero destaca por su presencia bulliciosa en todos los lugares de concentración de los ciudadanos. Los vendedores ambulantes o semifijos son la expresión más evidente de la imposibilidad que tienen las economías capitalistas dependientes para absorber en su estructura económica a la totalidad de la fuerza de trabajo y pagarla por su valor, obligando a los trabajadores en edad activa, a las mujeres, ancianos y niños, a realizar estas penosas, improductivas y mal remuneradas tareas.

La venta callejera significa para sus actores, agotadoras jornadas de trabajo a merced de las inclemencias del tiempo y la represión o extorsión de los "guardianes del orden" y la burocracia; la carencia de servicios sanitarios y de asistencia social; la exposición prolongada a la contaminación del aire y al ruido; la ausencia de ingresos estables y el sometimiento a los intermediarios que se apropian de una parte sustancial de los ingresos. Sin embargo, se encuentran subordinados, subsumidos por el gran capital transnacional o nacional cuyos productos realizan directamente o después de una transformación y al cual entregan la ganancia normal; a pesar de ello, son atacados por el comercio "formal" y el Estado, que los acusa de hacer competencia desleal, entorpecer el tránsito, afear los lugares turísticos y evadir los impuestos. Salvo en la venta de artículos de contrabando cuyos actores pertenecen a estratos diferentes, los clientes pertenecen a los sectores populares, dando lugar a una redistribución de la pobreza.

De Soto describe lo anterior, pero su afán de meter la realidad dentro de su ideología liberal de viejo cuño y nuevo ropaje lo lleva a escribir un cuento de hadas. Esconde la diferencia entre los vendedores ambulantes y los medianos o grandes capitalistas que "informalmente" actúan como eslabones entre éstos y las empresas proveedoras, o la poderosa mafia de contrabandistas, narcotraficantes, padrotes, caciques y coyotes extorsionadores; mantiene la misma confusión entre los artesanos y los empresa-

rios de talleres y maquiladoras clandestinas que sobrexplotan a sus trabajadores para mantener su tasa de ganancia y sobrevivir en la competencia con las grandes empresas a pesar de su baja productividad; el sismo de septiembre de 1985 en la ciudad de México sacó a la superficie la brutal explotación de las costureras en estas maquiladoras. Dota a los desheredados de la ciudad de una racionalidad weberiana, convirtiéndolos en émulos de los comerciantes, maestros artesanos y usureros que construyeron el capitalismo en las entrañas del feudalismo, ocultando que la “libre competencia” entre los pequeños comerciantes y artesanos y las grandes empresas industriales, comerciales y de servicios es imposible.

Para De Soto, “...el comercio ambulatorio es un largo camino hacia la empresa y la propiedad privada...”, “...un largo camino entorpecido por una excesiva politización hacia los mercados que representan la aspiración popular por obtener una propiedad privada segura para poder desarrollar sus actividades comerciales en un ambiente propicio...”. “La solución ideal sería retirar obstáculos y convertir los estímulos políticos en facilidades legales para liberar y multiplicar las energías empresariales de los ambulantes, y para que dentro del proceso competitivo en que se encuentran inmersos puedan explotar al máximo sus habilidades y servir más eficazmente a la comunidad” (pp. 67 y 101). Estamos de acuerdo en que es necesario eliminar las barreras legales y, sobre todo, las represivas para permitir que los desempleados encuentren alternativas de subsistencia ante la incapacidad del capital para brindarles empleo y un ingreso mínimo vital; pero esto no es una “solución ideal” como pretende. La solución real es garantizar efectiva y no demagógicamente el derecho al trabajo estable y bien remunerado y los servicios sociales esenciales a toda la población trabajadora. En la actual crisis, más de la mitad de la población urbana latinoamericana, incluyendo ancianos, mujeres y niños en edad escolar, subsiste mediante actividades que caben en la ambigua definición de “informales”, pero que nadie podría calificar de “soluciones ideales”: prostitución, robo menor o mayor a mano armada, lanzallamas, lavado de coches, venta en las calles, narcotráfico menor, pepenado en los basureros públicos, etcétera. Es absurdo afirmar que un afilador de cuchillos, un comprador-vendedor de papel usado, un voceador de prensa, un pepenador, una india “maría”, o un niño bolero tienen como futuro previsible u objetivo racional el llegar a ser empresarios; igualmente lo es suponer que todos podrán acumular los recursos necesarios para adquirir un puesto en un mercado o alcanzar niveles de comercialización empresarial.

Los países latinoamericanos cuentan con enormes recursos materiales y humanos, al mismo tiempo que los trabajadores la pagan con el desempleo o la reducción de sus salarios reales, por la austeridad salarial y del gasto público en servicios sociales. No es la “buena ley” la que podrá cambiar esta situación, sino una radical transformación de las estructuras económicas y políticas.

5. El transporte "informal" y el caos urbano (capítulo IV)

En las ciudades latinoamericanas, una gran parte de las necesidades de transporte de pasajeros se encuentra cubierta por una heterogénea combinación de sistemas y medios privados que incluyen automóviles, combis, microbuses y autobuses de muy diferentes características. Es la respuesta privada a la demanda creciente de la población, insatisfecha por el Estado, que garantiza a los propietarios niveles de rentabilidad que justifican la inversión. A excepción de Buenos Aires, que construyó tempranamente su tren subterráneo, el puñado de ciudades que cuentan con este servicio (el más racional y "limpio") iniciaron su instalación después del medio siglo, cuando el crecimiento urbano había convertido el transporte en un grave problema, con un retardo enorme si tenemos en cuenta los límites presupuestales, las barreras impuestas por la densa y anárquica estructura urbana y los intereses opuestos de los transportistas privados. El desarrollo de sistemas públicos de tranvías, troleys o autobuses es escaso e insuficiente debido a las concepciones contrarias de los empresarios y sus expresiones políticas en el poder, y a la limitación de la inversión en este campo, de interés esencialmente para los sectores populares urbanos. La historia de nuestras ciudades está llena de movilizaciones populares contra las onerosas tarifas de los medios privados, sus irracionales itinerarios y sus malas condiciones, y en demanda de una ampliación del servicio estatal.⁴

El servicio prestado por los medios privados, en especial los "colectivos", combis o microbuses genera importantes contradicciones. Las rutas se trazan en función de los intereses económicos de los propietarios y no de los usuarios, dando lugar a recorridos demasiados largos en tiempo y distancia, que se superponen en las áreas centrales, causando embotellamientos de tránsito y entorpeciendo su propia circulación. Sus tarifas, que crecen al ritmo de los procesos inflacionarios y los precios del equipo automotriz nuevo (aunque el que se utiliza sea antiguo y ya haya sido amortizado), son excesivamente altas para los trabajadores, sobre todo cuando es necesario combinar varias rutas o medios, sin que sea posible utilizar los sistemas multimodales de uso generalizado en los países desarrollados. Es corriente la utilización de equipo rodante obsoleto, "acondicionado" artesanalmente, incómodo para el usuario (sobre todo cuando se satura su capacidad) y altamente contaminante. La imposibilidad de un control efectivo sobre desplazamiento y lugares de "paradas", la competencia por los pasajeros, la escasa capacitación de los conductores y la so-

⁴ Ver Etienne Henry, y Óscar Figueroa (comps.): "Transporte y servicios urbanos en América Latina", Actas del taller de investigación, CIUDAD, julio de 1985, Quito, Ecuador; acerca de Lima, Abelardo Sánchez León, Julio Calderón Cockburn y Raúl Guerrero de los Ríos, ¿Paradero final? El transporte público en Lima Metropolitana, DESCO, Lima, Perú, 1978.

brefatiga por jornadas de trabajo excesivas, son causa de frecuentes accidentes.

La multiplicación de estos medios de transporte es uno de los componentes del caos urbano y de la importancia de los gobiernos para planificar las ciudades y crear y mantener esta condición general de la reproducción de la población, que por su naturaleza social debe ser asumida en base a la tributación de todos los ciudadanos. Aunque una parte de estas unidades de transporte pertenece a pequeños propietarios (no de las capas más pobres, dado que el costo de ellas es muy elevado), en las asociaciones y cooperativas dominan los dueños de varias unidades, que se encuentran en posición de acumular capital, convertirse en verdaderos empresarios, imponer sus intereses, y apoderarse de las unidades y el control de las organizaciones. Los conductores asalariados son víctimas de una explotación aguda: bajos salarios (en muchos casos como participación en la tarifa cobrada a cada usuario), lo que determina largas jornadas de trabajo, alteración de las tarifas, peligrosa competencia para ganar el pasaje, fatiga excesiva y malos tratos a los pasajeros; ausencia de posibilidades de organización sindical defensiva debido al número reducido de choferes de cada propietario y al paternalismo aparente de las relaciones laborales; ausencia de prestaciones laborales, seguridad social, atención médica, seguros de vida y defensa legal en casos de accidentes; rotación constante para evitar la estabilidad laboral y sus consecuencias económicas para los propietarios; y, en la situación de violencia urbana determinada por la crisis económica, continua exposición a los robos y las agresiones.

La mistificación del transporte “informal” como alternativa “racional” a las necesidades de la población urbana lo único que logra es ocultar la realidad y publicitar las ideas neoliberales que niegan la obligación del Estado de asumir la satisfacción adecuada de la necesidad de transporte urbano y el derecho que tienen los ciudadanos a obtener el retorno de su tributación fiscal bajo la forma de subsidios a los servicios básicos. Si llegaran a ganar la escaramuza con las empresas públicas, los transportistas privados continuarían acelerando la anarquía urbana y la contaminación ambiental que golpean fundamentalmente a los sectores populares.

6. El estado y el derecho según los neoliberales (capítulo VI)

Mario Vargas Llosa y Hernando de Soto piden prestados los métodos de la vieja filosofía idealista hegeliana para “explicar” el atraso en que se encuentran los países latinoamericanos, su situación de crisis, los acuciantes problemas urbanos, el gigantesco desempleo, las múltiples actividades populares de subsistencia y las extremas condiciones de miseria en que

lo hacen. Según ellos, son el resultado de la "mala ley" y el "Estado redistributivo": "...la modernización de los países de economía de mercado (los 'desarrollados') que exigía que la producción y el trabajo se volvieran más especializados y las transacciones más sofisticadas, fue posible porque el Derecho permitió reducir los costos de las transacciones", mientras que en los países "mercantilistas" latinoamericanos ello no ha sido posible porque "...entre quienes formulan la ley existe una tradición de utilizar el derecho como un instrumento para redistribuir la riqueza y no para facilitar su creación. En este sentido la ley es vista esencialmente como un mecanismo que permite repartir un stock fijo de prosperidad entre los distintos grupos de interés que así lo demandan". "De esta manera, politización, centralización y burocratización resultan hijos del mismo padre, el Derecho redistributivo". Vargas Llosa añadirá: "lo fundamental es que este Estado recuerde siempre que antes de redistribuir la riqueza, hay que producirla".

La solución sería simple: hay que despolitizar, descentralizar, desburocratizar y contraer al Estado y mediante las "buenas leyes", abrir el camino a la "libre iniciativa" de los ciudadanos para que "generen" fácilmente la riqueza y cuando ya sea suficiente, se verá cómo se distribuye. Por ahora, el Instituto Libertad y Democracia está dedicado a elaborar las "buenas leyes" que, puestas en práctica, abrirán el camino a la instauración de una verdadera "economía de mercado democrática" capaz de superar la crisis y el atraso secular de nuestros países. Si no conociéramos las explicaciones de la crisis y las soluciones planteadas por el Fondo Monetario Internacional y los burócratas, tecnócratas y políticos neoliberales de los países centrales y periféricos y las graves consecuencias que han tenido para los trabajadores del mundo entero, podríamos pensar que se trata de un buen pequeño burgués de fines del feudalismo, haciendo publicidad a sus geniales ideas para hacer que el capitalismo se desarrolle e imponga.

7. La ignorancia "informal" de la historia (capítulos VII y VIII)

Uno de los recursos de los ideólogos de derecha consiste en deformar los hechos históricos, para que se amolden a sus concepciones del mundo o a sus intereses particulares y para que los agentes sociales carentes de conocimiento histórico, acepten como necesarios, eternos e inmutables los modelos arcaicos de la sociedad que postulan. Vargas Llosa y De Soto no son una excepción a la regla.

El primer paso es establecer el modelo histórico de la "economía mercantilista" europea (entre el siglo XVII y principios del XX según el caso), identificando erróneamente las monarquías absolutas como su forma de

Estado y a los terratenientes, maestros artesanos y comerciantes feudali- zados como las clases dominantes que las sustentaban. Luego se caracte- riza a los burgueses, proletarios y campesinos (con tierra o sin ella) como “informales” y, unificando sus intereses históricos, se les asigna el papel de indiferenciados protagonistas de los procesos revolucionarios que li- quidan al satanizado “Estado mercantilista redistributivo”, clasificando como “democráticos” a los pacíficos que condujeron a su modelo de “eco- nomía de mercado”, y “totalitarios” a los que reinstauran un régimen “mer- cantilista” o transicional al socialismo. Se previene contra los peligros exis- tentes en América Latina de que los “informales” se rebelen contra el “mercantilismo” dominante, orientados por ideologías “totalitarias” de iz- quierda. Se concluye planteando el “ideal” de los neoliberales: el libre merca- do, la libre iniciativa privada, el Estado no intervencionista y las “bue- nas” leyes que garantizarían esta estructura sociopolítica. La historia puesta patas arriba y convertida en caricatura.

Sobre todo, cabe aclarar que las monarquías absolutas no fueron el régimen estatal del “mercantilismo”, sino la última forma del Estado feu- dal y los terratenientes aristocráticos, los maestros artesanos de los gre- mios, los comerciantes feudali- zados y las jerarquías religiosas, los esta- mentos descompuestos que las sustentaron. El mercantilismo es la primera fase del capitalismo, no la última del feudalismo, se contraponen a las rela- ciones feudales de producción, y la burguesía es la clase social fundamen- tal en ella.⁵

No tiene sentido contraponer la historia real latinoamericana a la fic- ticia y falaz de De Soto y Vargas Llosa. Podemos entender que los asesores norteamericanos del Instituto Democracia y Libertad sean tan igno- rantes de la historia de nuestros países; pero nos negamos a aceptar que tan insigne literato y un asesor de las Naciones Unidas con condiciones para conocer al menos las obras de los historiadores liberales, lleguen a una versión tan pobre, simplista y deformada de la realidad.

8. Un modelo inhumano de sociedad y ciudad

Al concluir la lectura del libro, nos sentimos atónitos e indignados. El mo- delo “ideal” de sociedad y ciudad que nos proponen nos es conocido; dia- riamente lo vivimos y ha sido durante años el objeto de trabajo de cientos de investigadores. La única diferencia es que ha sido transformado de pro-

⁵ Entre la abundante bibliografía, sugerimos: Erick Hobsbawn, *Las revoluciones burgue- sas*, Editorial Guadarrama, Madrid, España, 1974; Georges Lefebvre, *1789 revolución france- sa*, Editorial Laia, Barcelona, España, 1973; Christopher Hill, *El siglo de la revolución*, Edito- rial Añuso, Madrid, España, 1972; Maurice Dobb, *Estudios sobre el desarrollo del capitalismo*, Siglo XXI Editores, México, D. F., México, 1976.

blema a resolver en modelo a reproducir y a perpetuar. Para ello se propone volver a los siglos más dramáticos de la historia del capitalismo y su Estado, al mercantilismo, al Estado del dejar hacer, dejar pasar, de la explotación salvaje de los trabajadores, de las jornadas laborales de más de 12 horas diarias, de la ausencia de sindicatos y otros medios de defensa de los asalariados, de carencia de seguridad social, prestaciones laborales y servicios públicos garantizados por el Estado, a la de la ausencia de legislación laboral que imponga límites a la explotación de los patrones, particularmente de la mujer y los niños; en síntesis, el retorno a las condiciones de trabajo y de vida de inicios del siglo XVIII que dieron lugar a la revuelta proletaria, a la indignación de los críticos sociales y a la conmiseración de los humanistas.

En cuanto a las sociedades latinoamericanas, es la aceptación de su realidad actual: la mayoría de la población rural vegetando en sus miserables parcelas, sin subsidio ni apoyo estatal (ahora llamados "paternalismo"), y la libertad absoluta para que los empresarios rurales, expropien y exploten a los campesinos parcelarios; los pequeños y medianos empresarios comerciales e industriales camuflados como "informales" o a la lumpen-burguesía, sobreexplotando a sus operarios para mantenerse en la competencia con el gran capital nacional o extranjero, del cual no se dice una palabra, por lo que suponemos que tendría igual "libertad empresarial"; las calles de las ciudades atestadas de vendedores ambulantes, tragafuegos, boleros, lavacoches, y todas las formas de la supervivencia obligada, carentes de seguridad social y protección pública, convertidas en "modelos" de desarrollo y "libre iniciativa"; la ciudad expandiéndose anárquicamente al libre albedrío de los propietarios de tierras, los fraccionadores legales o ilegales, los promotores inmobiliarios y empresarios de todo tipo, sin que se intente algún control o planeación estatal; el transporte público abandonado a las decisiones de quienes poseen el dinero para adquirir uno o más vehículos y la audacia para montar una ruta, sin control sobre las tarifas, sin que el Estado intervenga creando sistemas más racionales, llevando a su máximo nivel el caos de la circulación vehicular y la insoponible contaminación ambiental; y así en todas las actividades productivas y de servicio social.

Aunque en lo relativo a la vivienda y servicios, conocíamos estos planteamientos en la pluma de John F. Turner y su "libertad para construir", o de Robert McNamara y de su política de apoyo a la autoconstrucción como "solución" al problema de la vivienda popular (adoptada por el Banco Mundial desde 1975), nadie había formulado un modelo tan global y, sobre todo, tan reaccionario de "desarrollo" para el continente. Es lamentable que intelectuales y activistas de izquierda hayan llegado a confundir las actividades de subsistencia y su necesaria defensa contra las arbitrariedades estatales, con "la prefiguración de formas socialistas y comunitarias de autogestión popular" o la "toma de posiciones" en la conquista del "de-

recho a la ciudad", y la conciencia adquirida en la lucha económica defensiva, con la conciencia de clase para sí de la necesidad de transformar globalmente la sociedad y la ciudad capitalista actual. Terminan así, por defender las mismas alternativas, aunque "con buena intención", sostenidas y aplicadas por las capas más atrasadas de la burguesía, por los liberales de nuevo cuño y las agencias financieras internacionales. Parafraseando a Marx, parecería que la historia se repite varias veces, primero con la "marginalidad", luego con la "autoconstrucción" y ahora con la "informalidad", pero siempre como tragedia para los trabajadores.

Las tendencias económicas, sociales y urbanas parecen conducir inevitablemente a una nueva forma de barbarie. La mistificación de derecha de la "informalidad" acelera este tránsito, al plantear la eliminación hasta de las últimas intervenciones del Estado en apoyo a la reproducción de la fuerza de trabajo, haciendo recaer todo el peso de la crisis sobre los hombros de los propios explotados. De lo que estamos seguros es de que los trabajadores latinoamericanos no desean la distribución de la pobreza creada por el capitalismo, sino la conquista del derecho al ocio del que hablara Paul Lafargue, que es ya posible gracias al considerable desarrollo de las fuerzas productivas en América Latina y el mundo.

Emilio Pradilla

MERCEDES GONZÁLEZ DE LA ROCHA, *Los recursos de la pobreza. Familias de bajos ingresos de Guadalajara*. El Colegio de Jalisco, Guadalajara, 1986, 268 pp.

Este libro, de Mercedes González, y el de Agustín Escobar, *Con el sudor de tu frente*, se complementan mutuamente. Ambas investigaciones fueron desarrolladas en el mismo periodo y en el mismo lugar. Mientras que el estudio de Escobar analiza el funcionamiento del mercado de trabajo de Guadalajara, desde la perspectiva de las empresas y los obreros, González de la Rocha centra su atención en la unidad doméstica de clase trabajadora, y en sus estrategias de supervivencia. Estas estrategias incluyen el mercado de trabajo, pero incluyen también la administración y el manejo de la economía doméstica y el uso de redes sociales. Los métodos que usa representan una agradable combinación de técnicas antropológicas y sociológicas. Se entrevistó a aproximadamente 100 familias en distintos tipos de barrios de bajos ingresos, dentro de una muestra analítica basada en la etapa del ciclo doméstico, el tipo de estructura familiar y las formas de participación en la economía formal/informal. Las entrevistas involu-

craron varias visitas a cada familia y extrajeron un rico conjunto de datos sobre la historia de vida de la unidad doméstica, las historias laborales individuales, los patrones de consumo y los presupuestos, y las redes de parentesco y de otro tipo. El trabajo de campo también incluyó distintas formas de observación en las comunidades y estudios de caso de acciones colectivas.

El estudio resulta ejemplar por el cuidado con el que se recopiló la información y por la combinación de distintos tipos de materiales para desarrollar el argumento. Sus contribuciones conceptuales también son ricas. Primero, se demuestra que el grupo doméstico de clase trabajadora funciona como unidad, lo cual en ocasiones amplía y en ocasiones restringe, las oportunidades vitales de sus miembros. Al ir envejeciendo el principal aportador de ingresos, con frecuencia un varón, su capacidad de hacer estas aportaciones disminuye, pero es compensada por los ingresos crecientes de los hijos. La relación aportadores de ingresos: consumidores es, así, un factor determinante del bienestar de estas familias de Guadalajara y, por extensión, de la diferenciación social dentro de la comunidad trabajadora. Las diferencias salariales o de ingresos entre las varias categorías de trabajadores —formales o informales— son menos significativas para la estratificación de la comunidad trabajadora que la cantidad de trabajadores del grupo doméstico. González de la Rocha muestra que esto es consecuencia tanto de los ingresos relativamente bajos que devengan todos los miembros de la clase trabajadora como de la presencia dentro de la misma unidad doméstica de trabajadores colocados en distintos sectores —formales o informales—, manufactureros, de construcción o servicios. La visión de la clase trabajadora de Guadalajara que proporciona el texto es, por lo tanto, la de un grupo social relativamente homogéneo por lo que toca a las oportunidades vitales significativas de sus miembros y por lo que toca a los tipos de experiencia laborales compartidas por los grupos domésticos.

Aunque sí hay bases para divisiones sociales, como se muestra, éstas se basan en cortes de género y generación, más que de tipo de empleo. Se hace un análisis particularmente fino de las presiones contradictorias a las que están sujetas las mujeres de clase trabajadora dentro del hogar. El grupo doméstico es por una parte, una fuente de apoyo económico y social, especialmente en un mercado de trabajo en donde las mujeres sólo pueden obtener una fracción de los ingresos de un hombre. Pero por otra parte, las mujeres sobrellevan la carga más pesada del trabajo doméstico en términos de cuidado de los niños, las múltiples tareas domésticas y las presiones económicas que llevan a muchas de ellas a hacer trabajos de tiempo parcial fuera o dentro de su hogar. Puesto que las mujeres son consideradas responsables de asegurarse de que todo funcione en el hogar y de que haya suficiente para comer, ellas se vuelven, como muestra la autora en varios vívidos estudios de caso, los chivos expiatorios de las dificulta-

des provocadas por los bajos salarios masculinos y, también, por la renuencia de los varones a contribuir con una mayor fracción de sus ingresos al gasto. A ellas se les culpa de no manejar los recursos eficientemente y son, a veces, objeto de la violencia que surge de los sentimientos de frustración e impotencia de los varones frente a los problemas económicos.

González de la Rocha usa materiales de historia de vida para analizar las trayectorias individuales y domésticas. Se hacen aportaciones por lo que respecta a los movimientos migratorios que han traído a la mayor parte de estas familias a Guadalajara, y a las motivaciones tras estos movimientos. Además, estas trayectorias demuestran, más convincentemente que el material del cuestionario, que las mujeres de clase trabajadora se hallan en un callejón sin salida. La autora consigna los relatos y las razones provistas por las informantes sobre su búsqueda de mejores ingresos, de independencia de maridos particularmente violentos o de salir de la casa paterna. Aunque tienen cierto éxito, la realidad última es su necesidad de respaldo social, y esto las hace regresar a situaciones matrimoniales indeseables, y a depender de parientes, con todas las restricciones que esto implica.

González explora la importancia general de las relaciones sociales para el bienestar de las familias pobres. Demuestra, en una relación fascinante de la vida de familias dedicadas al servicio doméstico, que el aislamiento social tiene costos económicos así como sociales. Las redes de parentesco y vecinazgo son instrumentos esenciales por medio de los cuales estas familias tapatías defienden su escaso bienestar ante un clima económico incierto y la inoperancia de los sistemas de bienestar social. El libro termina con un estudio de caso de la lucha por la mejoría de la vivienda y los servicios urbanos de dos de los barrios, con énfasis en la eficiencia con la cual la organización doméstica se asegura de la tierra y provee vivienda a través de la autoconstrucción. González de la Rocha también muestra la importancia de la solidaridad del barrio, y especialmente el liderazgo femenino en la lucha por mejores condiciones de vida que se entabla con el Estado.

En esto, como en otros capítulos, se realiza claramente la importancia central de las mujeres tanto en las esferas pública como privada, en la obtención de ingresos y en la administración del consumo. Las mujeres de Guadalajara no son protagonistas ni escondidas ni silentes de la historia urbana. En efecto, el papel masculino resulta mucho más ambiguo. Esto es resultado en parte de la atención prestada a las mujeres como informantes principales, pero es difícil evitar concluir que, al profundizarse la crisis, la posición masculina, aunque privilegiada, es cada vez más marginal en términos tanto de las aportaciones económicas a la supervivencia doméstica como de la participación en organizaciones y acciones comunitarias.

El libro posee una amplia y rica gama de información para los intere-

sados en saber cómo se las arreglan los pobres urbanos en México bajo circunstancias económicas difíciles. El uso abundante de historias de vida, de estudios de caso y de transcripciones directas de los informantes lo convierten en una relación altamente legible si bien perturbadora. Hay puntos criticables. No hay suficiente material sobre las normas familiares y sobre la cultura de estas familias trabajadoras. Además, el análisis de los materiales del cuestionario debería haber prestado más atención a las cohortes que componen esta población, para así contrastar situaciones no sólo en términos de los ciclos vitales o domésticos, sino en términos también de las diferencias entre las experiencias laborales y las posibilidades de consumo de distintas generaciones. Pero esto es pedir demasiado de un solo libro. Es obvio que González de la Rocha cuenta con suficiente material para varios otros libros y, ya que ha seguido de cerca a estos mismos informantes a lo largo de la crisis económica actual, habrá sin duda materiales igualmente fascinantes e inquietantes que se incorporen a futuros trabajos.

Bryan R. Roberts

Notas

MATTHEW EDEL, ELLIOT D. SCLAR y DANIEL LURIA, *Shaky Palaces, Homeownership and Social Mobility in Boston Suburbanization*, Columbia University Press, Nueva York, 1984, 459 pp.

Este libro se refiere al análisis del proceso de suburbanización de la ciudad de Boston; se enfoca en dos aspectos de la vivienda propia: el incremento del valor de la propiedad y la movilidad económica. La primera parte de la obra comprende cinco capítulos referidos a las principales características y resultados de la suburbanización de Boston entre 1890 y 1970. El primer capítulo presenta una revisión teórica del proceso de crecimiento metropolitano y la subsecuente devaluación de los barrios antiguos. Se discuten varios factores que, en la sociedad norteamericana, contribuyen a devaluar los activos que los trabajadores logran acumular; lo que aparentemente es movilidad social se convierte en realidad en acumulación de activos devaluados. El segundo capítulo presenta la historia de la suburbanización de Boston en la era del automóvil y el trolebús, que llevó a la devaluación localizada de la propiedad. Los siguientes dos capítulos muestran la evidencia de los cambios en el valor de las casas y la tierra en el

siglo XIX; el tercero presenta el valor de las propiedades en barrios centrales específicos del área metropolitana, y el cuarto utiliza series de tiempo del valor de la tierra y la vivienda, para estimar tasas promedio de los cambios del valor de la propiedad para diferentes partes del área metropolitana. El quinto capítulo se refiere al mismo proceso, pero desde el punto de vista de los propietarios y demuestra que para principios de siglo la calidad de propietario no agregaba nada a la carrera o a la movilidad social.

En la segunda parte del libro se analiza el proceso de suburbanización desde un contexto más amplio; se intenta explicar el fenómeno a partir del enfoque de la teoría del cambio histórico "materialista" o de "conflicto". Se relaciona la suburbanización con la evolución económica de la sociedad y en particular con el conflicto de clases. En el sexto capítulo se hace una crítica a las actuales explicaciones de la suburbanización, tanto ortodoxas como radicales, que terminan por culpar a los propietarios de sus propios problemas. En el séptimo capítulo se hace una revisión de las actividades de los tres agentes inmobiliarios más importantes en tres distintos periodos históricos de Boston. El octavo capítulo considera las acciones del gobierno en el proceso de desarrollo urbano. En estos dos capítulos se destaca la importancia de los factores institucionales en el proceso de suburbanización. En el noveno capítulo se ofrece un marco teórico alternativo basado en el conflicto de clases, y se señalan los factores institucionales determinantes; después se utiliza este marco para volver a analizar los orígenes de la suburbanización. Se sugiere que el proceso norteamericano de suburbanización ha sido el resultado de una solución de compromiso a las contradicciones de clase que aparecieron en circunstancias históricas particulares a finales del siglo XIX, mismas que se reforzaron durante la depresión de 1930. En el décimo capítulo se presenta una evaluación de los resultados que surgieron de ese compromiso desde la perspectiva de la clase trabajadora. Por último, en el onceavo capítulo se exploran las formas que actualmente están adoptando las contradicciones de clase y se examinan algunas de las posibles implicaciones que surgirían al intentar nuevas coaliciones políticas.

M.E.M.C.

MATTEI, DOGAN y JOHN D. KASARDA (comps.), *The Metropolis Era*, Sage Publications, 1987, 2 vols.

En febrero de 1985, a instancias del International Social Science Council, se llevó a cabo en Barcelona una conferencia internacional sobre las grandes ciudades del mundo; en ella participaron destacados investigadores de diferentes disciplinas cuyo objetivo fue analizar los problemas que aque-

jan a esas ciudades y cuáles son sus perspectivas en el futuro. Las investigaciones que se discutieron en esa oportunidad, se reunieron en dos volúmenes: *A World of Giant Cities* y *Mega-Cities*. En el primer volumen se presentan aspectos generales de las grandes ciudades; se analizan las grandes tendencias y las proyecciones metropolitanas a nivel mundial y se exploran algunos temas como la jerarquía urbana y la restructuración económica. Se integra con trece capítulos; en el capítulo 1, Mattei Dogan examina las vinculaciones entre las grandes ciudades y los puertos marítimos; en el capítulo 2, John D. Kasarda examina la transformación de las ciudades americanas, de centros de producción de bienes a centros de producción de información, derivando algunas implicaciones de política para la revitalización urbana; en el capítulo 3, Manuel Castells relaciona la dinámica urbana con la tecnología compleja y describe el papel que juega la restructuración industrial en el desarrollo espacial desigual. Los capítulos 4 y 5 se dedican a la situación urbana europea; Peter Hall discute el crecimiento urbano y su declinación en Europa occidental; Jürgen Friedrichs compara la ecología espacial de cuatro grandes ciudades de Europa oriental. Los capítulos 6 a 9 están dedicados a Asia; Yue-man Yeung plantea los problemas, políticas y perspectivas de las grandes ciudades del sudeste asiático; Sidney Goldstein examina los datos censales más recientes sobre la urbanización de China; Xiangming Chen evalúa el papel de las grandes ciudades chinas en la jerarquía urbana; Hans Nagpaul investiga los problemas de algunas de las grandes ciudades de la India, particularmente los que se refieren a los barrios y asentamientos populares. En el capítulo 10 Dennis A. Rondinelli escribe sobre los patrones de urbanización en África y la necesidad de dirigir el crecimiento hacia las ciudades secundarias. En el siguiente capítulo, Guillermo Geisse y Francisco Sabatini examinan los planes de desarrollo para las grandes ciudades latinoamericanas, con especial referencia a los problemas de vivienda. Los dos últimos capítulos tienen una perspectiva internacional; Ignacy Sachs se concentra en la vulnerabilidad de las grandes ciudades y propone una teoría basada en el concepto de lotería de la vida y, por último, Henry Teune trata sobre el crecimiento y la patología de las grandes ciudades.

En el segundo volumen se presentan estudios de caso de diez grandes metrópolis: Georges Sternlieb y James W. Hughes analizan la ciudad de Nueva York; Ivan Light, Los Angeles; Emrys Jones, Londres; Hachiro Nakamura y James W. White, Tokio; Rhoads Murphey, Shanghai; Hans Nagpaul, Delhi; Michael L. McNulty e Isaac Ayinde Adálemo, Lagos; Ahmed M. Khalifa y Mohamed M. Moheiddin, El Cairo; Martha Scheingart, la ciudad de México y, Vilmar Evangelista Faria, São Paulo. Se presenta así un panorama de las diversas regiones del mundo que permite establecer comparaciones entre las ciudades de países desarrollados y subdesarrollados. La metodología, los instrumentos de análisis y el marco teórico de referencia utilizados en los ensayos difiere de acuerdo con las pre-

ferencias y orientación disciplinaria de los investigadores; sin embargo, todos los ensayos consideran las siguientes cuestiones: el papel que juegan las grandes ciudades en la economía nacional, regional e internacional; cuáles son las principales "patologías" de estas ciudades y cuáles las causas y consecuencias demográficas, sociales, políticas, económicas y tecnológicas; hasta qué punto esos fenómenos son particulares de la ciudad bajo estudio o similares a aquellos que se presentan en otras ciudades y si es posible controlarlos; cuáles han sido los principales mecanismos políticos y administrativos que se han adoptado para atender problemas particulares; cuáles son las perspectivas de solución; qué conclusiones pueden derivarse acerca del futuro de las grandes ciudades y la calidad de vida que ofrecen.

La presentación referida a la ciudad de México, la más poblada del mundo, enfatiza los aspectos demográficos y económicos del desarrollo urbano, entrega una visión general de la organización interna del espacio metropolitano, incluyendo procesos históricos y algunos intentos de explicación de los fenómenos descritos. Dentro de ese contexto se analizan los problemas más destacados que aquejan a la metrópoli, como los referidos a la vivienda, el transporte, la contaminación, el agua, evaluando algunos intentos de respuesta por parte del Estado. El trabajo termina con algunas proyecciones al año 2000 y reflexiones con respecto a la necesidad de introducir cambios profundos, tanto en el plano económico como político. El ensayo sobre Brasil se refiere al área metropolitana de São Paulo (AMSP), el polo de crecimiento industrial del país; ofrece un panorama histórico del desarrollo urbano, la estructura económica y la distribución del ingreso del AMSP; al igual que en el caso de la ciudad de México, analiza los problemas urbanos que aquejan a São Paulo: vivienda, agua y contaminación ambiental, agregando los de salud y educación; pasa después a evaluar el impacto que la crisis económica actual ha ejercido sobre la contaminación ambiental, agregando los de salud y educación; pasa después

La mayoría de los ensayos contenidos en el libro reseñado se presentó en la conferencia de Barcelona y los restantes se solicitaron específicamente para la publicación de este volumen.

M.E.M.C.

RAFAEL LÓPEZ RANGEL, *Urbanización y vivienda en Guadalajara, Centro de Ecodesarrollo, México, 1987.*

La investigación que se presenta en este libro forma parte del proyecto que lleva a cabo el Centro de Ecodesarrollo sobre los procesos de urbani-

zación y autoconstrucción de vivienda popular en nueve ciudades del país, coordinado por Jorge Legorreta. El libro está estructurado en cuatro capítulos. En el primero se plantean consideraciones teóricas básicas, se propone la elaboración de la historia social de los procesos, se presenta una revisión sintética de las ideas de los representantes de las corrientes más destacadas referidas a la ciudad y la autoconstrucción. El segundo capítulo hace un recorrido histórico de las transformaciones de la ciudad de Guadalajara con respecto a su región, hasta el siglo XIX, abordando después el crecimiento de la ciudad y las características de la región en la etapa revolucionaria; se presenta el análisis de las condiciones actuales del crecimiento de Guadalajara y se caracteriza a la ciudad y al estado de Jalisco como un sistema irregular; posteriormente se determinan las características generales de los "asentamientos de autoconstrucción" y su ubicación en la estructura urbana de la ciudad. El tercer capítulo se dedica al análisis de los procesos directos de autoconstrucción; se hace un seguimiento del autoconstructor desde el momento en que migra, considerando en particular la forma de acceso a la tierra y el proceso mismo de autoconstrucción. Se revisan los programas de autoconstrucción, federales y estatales, impulsados por el Estado, así como la llamada autoconstrucción espontánea. El cuarto capítulo analiza el proceso de autoconstrucción que realizan las familias provenientes del campo como un elemento que transforma al individuo en sujeto urbano; se revisa también la influencia de los movimientos sociales urbanos en las formas y características que adopta el proceso de autoconstrucción. Por último se discuten los modelos urbano-arquitectónicos utilizados por los colonos de los barrios de autoconstrucción. La investigación se basa en encuestas e información de campo levantadas en la zona.

M.E.M.C.

JUAN MANUEL RAMÍREZ SAÍZ, *Política urbana y lucha popular*, Documentos de Diseño, núm. 1, Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Xochimilco, México, 1987, 189 pp.

La presente publicación recoge dos textos titulados "Por un proyecto urbano de masas: la Conamup" y "Trabajador y/o colono, ¿una dicotomía en las luchas sociales?". Ambos se relacionan directamente con la problemática de la definición de un programa urbano de y para los trabajadores que articule las luchas económicas e ideológicas sindicales con las urbanas. El primer texto se refiere a la Coordinadora Nacional del Movimiento Urbano Popular (Conamup), en el periodo de 1980-1985; se analiza su

composición, estructura y funcionamiento; su programa de demandas, el plan de acción, línea ideológica y formas de lucha. Por otra parte se presentan las relaciones entre el Estado y la Conamup, los efectos urbanos y políticos de la acción de esa organización y la estrategia que ha planteado para enfrentar la crisis. El autor se basa en los resolutivos y acuerdos de los encuentros y foros de la Conamup, y otros estudios sobre los movimientos urbano-populares (MUP), y también se basa en el seguimiento que ha realizado de las acciones de la organización. Ramírez Sáiz concluye que la Conamup es una de las tres fuerzas independientes de masas más importantes del país; que su participación en luchas amplias y de clase le han permitido elevar el nivel de conciencia, la formación política y la participación de sus militantes. Por otra parte, considera que sus principales limitaciones son el predominio de la línea reivindicativa y la necesidad de explicar e impulsar su proyecto político.

El segundo texto estudia las vinculaciones establecidas entre los MUP y los sindicatos independientes en el terreno de la lucha por demandas urbanas comunes y en el otorgamiento de solidaridad mutua. Analiza las posibilidades de que los movimientos sindicales y los de colonos lleguen a un consenso en sus reivindicaciones mediante el estudio de las diversas experiencias y condiciones bajo las cuales se ha logrado la convergencia entre esas dos formas de organización y movilización en el valle de México, en un periodo de diez años. El trabajo parte de dos supuestos: a) que el análisis de los movimientos urbano-populares que define en términos de clase a sus integrantes carece de validez científica; b) que la articulación existente entre el proceso de trabajo y la vida cotidiana en las ciudades exige vincular teórica y políticamente la lucha urbana con la sindical. El ensayo se inicia con la caracterización de los miembros de los sindicatos independientes (SI) y la de los MUP señalando sus rasgos comunes y sus diferencias. Analiza después la vinculación de los SI y los MUP mediante la revisión de 16 experiencias de lucha común para extraer elementos que permitan conocer el carácter de esa relación y su probable trayectoria. El autor concluye que los SI y los MUP han logrado consensos importantes que permiten asegurar que la relación entre ambos tiene una gran potencialidad política para crear un frente amplio y unitario, y señala en forma esquemática algunos elementos que debería incluir un programa urbano de los trabajadores.

M.E.M.C.

